

que tengo un sincero deseo de tenerla : dadme vuestra gracia, para que mi conducta me haga conocer mas de hoy en adelante que mi deseo no ha sido vano.

#### JACULATORIAS.

*Beatus vir, qui timet Dominum : in mandatis ejus volet nimis.* Salm. 111.

Dichoso aquel que teme al Señor, y que por la observancia exacta de sus mandamientos prueba que le ama.

*Utinam dirigantur vice meæ ad custodiendas justificationes tuas.* Salm. 118.

Haced, Señor, que toda mi conducta no sea otra cosa que el cumplimiento de vuestra ley.

#### PROPOSITOS.

1. Las personas que hacen profesion de virtud, con facilidad toman una cosa por otra en materia de devocion. Se la hace consistir en ejercicios de religion puramente exteriores, como muchas oraciones, muchas confesiones; pero poca enmienda. Se tiene zelo de la perfeccion de los otros; pero se dejan vivir en paz sus propias pasiones : evita este defecto. Sea todo tu estudio reformar tus costumbres, domar tus pasiones, corregir tu genio, y mostrar que eres un siervo fiel de tu Dios.

2. Examina cuáles son tus defectos ordinarios : si eres colérico, arrebatado, de un humor poco accesible, de un genio altivo; si no tienes el cuidado que debes de tu familia; si eres adusto y rígido con tus criados; si eres ridiculo, molesto, enfadoso. Corrige estos defectos incompatibles con la virtud cristiana; tu enmienda será prueba segura de tu devocion.

#### EL BEATO NICOLÁS FACTOR, CONFESOR.

En la ciudad de Valencia, fecundísima madre de santos y prodigiosos varones, nació el bienaventurado Nicolás Factor en 29 de junio de 1520, para gloria de su patria y eterno lustre de la seráfica religion de san Francisco. Su padre se llamó Vicente Factor, el cual, habiendo venido desde Zaragoza de Sicilia á Valencia, se casó con una honesta doncella, por nombre Úrsula Estaña, natural de la villa de Albaida. No eran estos dichosos consortes de aquella prosapia de que tanta ostentacion hace el mundo, colocando su imaginario resplandor en la casualidad de que la propagacion de ciertos hombres se sepa con certeza, cuando la de otros se ignora. La riqueza, el fausto, la pompa tampoco se albergaba en la casa de Vicente; una medianía abastecida con el precio de su sudor y trabajo le daba lo necesario para vivir honradamente, extrayéndole de la clase de rico, sin confundirle tampoco con la de miserable. En lo que se distinguian estos venturosos esposos era en la inocencia de costumbres, y singularmente el padre de Nicolás se distinguia en una devocion particular á san Vicente Ferrer, quien dos siglos antes habia ilustrado aquella misma ciudad con su predicacion y sus milagros. El cielo llenó de bendiciones á este matrimonio, dándoles siete hijos, cuatro varones y tres hembras, siendo el beato Nicolás el segundo que nació de los primeros. Desde los primeros años se dejan ver en los que Dios elige para si ciertos anuncios que desde luego pronostican la santidad de su vida, y que Dios los prepara para grandes cosas en su Iglesia. Así se verificó en Nicolás; pues, siendo todavía niño, se adelantó en él el afecto á la virtud de tal manera, que se manifes-



taba en todas sus acciones. Lejos de él aquellos juegos pueriles en que regularmente se manifiestan las semillas de todas las pasiones; lejos de Nicolás consumir una gran parte de tiempo en diversiones, á las que, cuando no trajesen otro perjuicio que interrumpir el curso á las instrucciones cristianas, debería prescribírselos cierta moderacion. Nicolás, además de abstenerse de aquellos juguetes en que se divierten los demás muchachos, adoptaba otras ocupaciones que pudiesen ir poco á poco formando su espíritu. La asistencia á los templos, la veneracion y reverencia á las sagradas imágenes, la obediencia á sus padres y la honestidad de costumbres eran todos sus gustos y todos sus regocijos. Apenas tenia cinco años, cuando ya comenzó á ayunar tres días á la semana; y cuando asistia al santo sacrificio de la misa, ó á los sermones, era tal la compostura de su semblante, su atencion y su modestia, que á todos causaba admiracion, y al mismo tiempo los edificaba.

Pero en lo que mas resplandeció este santo niño fué en una ardentísima caridad con los pobres, con la cual habia Dios traspasado su tierno corazón. La vista de un necesitado conmovia todas sus entrañas, y le dejaba casi sin libertad para dejar de darle inmediatamente lo que tenia á mano. Se verificó varias veces que, yendo á la escuela, daba al primer pobre que se ofrecia á sus ojos el desayuno ó la merienda. Esta caridad se aumentaba en proporcion de lo miserable y necesitado que se hallaba el mendigo; y cuando no podia explicarla con limosnas, lo hacia con obsequios. Yendo un día á la escuela, encontró á un pobre cubierto todo de llagas, de manera que daba asco solamente el mirarle. El niño Nicolás se arrodilló inmediatamente á sus piés, se los besó una y muchas veces juntamente con las llagas, y pidiéndole despues su bendicion, y besándole la mano, se

levantó y se fué á la escuela. En otra ocasion encontró á una mujer leprosa á la puerta del hospital de San Lázaro, y sin reparar en lo horroroso de la enfermedad, ni en lo asqueroso de las llagas, se puso á sus piés, y habiéndoselos besado, le pidió que le diese su bendicion, y se levantó muy contento. Tenia á la sazón Nicolás como unos diez años, edad en que ya la razon comienza á hacer su oficio, reflexionando sobre las acciones de los hombres y sobre los objetos. Otro niño que iba con él, admirado de lo que habia hecho, le preguntó ¿cómo habia podido besar las llagas á aquella mujer estando tan asquerosa? A lo que el santo niño respondió: *que él no habia besado las llagas hediondas de una mujer leprosa, sino las preciosas y amabilísimas de Jesucristo, á quien representaban todos los pobres.* Esta doctrina que tenia grabada en su corazón, la comunicaba frecuentemente no solamente á los demás niños, sino tambien á personas ya grandes que gustaban mucho de oírle, por ver la suavidad de palabras de que constaban sus tiernos discursos, y la unción del Espíritu Santo que en ellas se contenia. Exhortaba á todos á que acudiesen á los hospitales á ejercitar la caridad con el prójimo como al templo y al teatro de esta sublime virtud, y el mismo santo niño practicaba lo mismo que decia. A la virtud de la caridad acompañaba una humildad profunda, y una extraordinaria paciencia, que tenia en expectacion á sus padres, á su maestro y á todos cuantos le conocian. A este propósito sucedió que, habiéndole acusado otro niño de un leve defecto que habia abultado su imaginacion, el maestro le dió un ligero castigo. Sufrióle el santo niño sin desplegar sus labios, aunque en la realidad estaba inocente; y habiéndose salido el maestro de la escuela, se puso de rodillas delante de su acusador, le pidió perdon del escándalo que le habia dado, y le dió infinitas



gracias, porque movido de caridad habia procurado su enmienda. Un conjunto de virtudes tan perfectas en una edad en que apenas suele manifestarse otra cosa que los malos resabios de la naturaleza corrompida, arrebatában la atención de cuantos le conocían, y no dudaban explicar el concepto que formaban de aquel niño, llamándole el niño santo. Pero en puen hicieron una impresión extraordinaria sus costumbres fué en una mora esclava que habia en su casa, tan apasionada de la secta de Mahoma, que las diligencias de los hombres mas sabios habian sido enteramente inútiles para arrancarla de su corazón. Lo que no pudo la sabiduría humana, lo pudieron las costumbres inocentes de Nicolás; pues admirada la mora de la bondad que presentaba en un niño la religión cristiana, se enamoró de ella, abjuró el mahometismo, y recibió el bautismo sagrado con universal alegría de todos. ¡Tan grande superioridad tiene la fuerza del ejemplo sobre todas las luces de la sabiduría humana y sobre todos los artificios de la elocuencia!

Crecia Nicolás, y crecían con él todos los dones de la naturaleza y todos los bienes de la gracia. Sin interrumpir el fervor de su espíritu, aprendió á leer, escribir y contar, latinidad y elocuencia, saliendo al mismo tiempo tan diestro en las letras humanas, que manejaba igualmente los preceptos de la retórica en agraciados discursos, que los encantos sublimes de la poesía en hermosos y sonoros versos. Una alma, entregada perfectamente á la virtud, tiene en sí un cierto principio para aficionarse á cuanto es hermosura, armonía y perfección. Por esta causa se dedicó el jóven Nicolás á la música y á la pintura, tañendo y cantando dulcissimamente, y manejando tan bien las cuerdas de varios instrumentos como la combinación de colores, en lo que tenia un mérito nada

vulgar. Todas estas prendas, acompañadas de una estatura alta, de un cuerpo bien proporcionado, de un semblante viril, honesto y hermoso, de unas costumbres y modales dulcissimos, y en la florida edad de diez y siete años, hacían á Nicolás uno de los jóvenes mas amables y apetecibles que tenia Valencia. Conociólo bien su padre, y deseando darle un destino menos mecánico que el suyo, que era el oficio de sastre, habia juntado una porción considerable de dinero con ánimo de que su hijo Nicolás siguiese el ejercicio de mercader. Llamóle, pues, un día aparte, y cuando le tuvo presente, le significó el amor que le tenia, los deseos de su felicidad, y el dinero que le tenia preparado para que pudiese conseguirla. Asimismo le dió á entender que ya tenia edad para contraer matrimonio, y que por lo que á él tocaba le dejaba en plena libertad para que eligiese esposa, bien persuadido de que la elegiría tan virtuosa y honesta como requerían sus costumbres; que él por su parte le procuraría el arrimo de algun mercader ó negociante, en cuya compañía el dinero que le entregaba le daría un producto suficiente para pasar la vida con honradez y decencia, y él tendría el consuelo de ver vivir felizmente á un hijo que tanto amaba. Oyó Nicolás este discurso de su padre con toda la estimación que merecían los tiernos afectos que le producían; pero prevenido anteriormente por otro padre mas amoroso y mas sabio, tenia ya en su interior elegido el establecimiento que era mas proporcionado para su servicio. Tenia pensado ser religioso, pues se sentía interiormente con una vocación decidida para este estado; y el no haberla puesto en efecto, consistía en no haber tenido igual inspiración acerca de la religión sagrada en que quería Dios servirse de su persona. Esto se decidió pasando al convento de Santa María de Jesus, que es de la órden de



san Francisco; pues sintió en su corazón una moción interior tan extraña, que yéndose directamente al guardian, se arrojó á sus piés, y bañado en lágrimas le suplicó se dignase admitirle entre los hijos del gran patriarca san Francisco. Maravillóse el guardian al ver tanto fervor, y como si el cielo moviera á ambos á un mismo efecto, levantó al santo mancebo del suelo, asegurándole con todas las veras de su alma que tenia ya logrados sus deseos, y así en el día de san Andrés del año de 1537 le vistió el hábito con todas las formalidades acostumbradas.

Tan consolado y complacido como se vió Nicolás despues de religioso, se vió pesaroso y angustiado su mal aconsejado padre, el cual, aunque buen cristiano, se habia dejado llevar algo mas de lo regular de las miras carnales que tenia sobre su hijo. La imprevista determinacion de este fué tan contra su esperanza, que al tiempo de saberla quedó desmayado de pesar. Nicolás, que preveia lo que podria pasar en el corazón de su tierno padre, le escribió inmediatamente una carta tan llena de razones sólidas y eficaces, que ellas bastaron para trocar en consolacion y alegría todo el anterior pesar y desconsuelo. En el año del noviciado se portó de tal manera, que todos los religiosos admiraban en él no un novicio que comenzaba la carrera de la virtud, sino un varon consumado en ella, que podia servir de maestro á los demás. La profesion se le dió sin el menor embarazo, antes bien con gran gusto de los religiosos, que conocian que Dios habia enriquecido su religion con un tesoro inestimable de virtudes, trayendo á ella al bienaventurado Nicolás. Luego que profesó, le enviaron á estudiar filosofia y teología al convento de Santa Maria del Pino de la villa de Oliva. Bien quisiera el humilísimo religioso excusarse de unos estudios que son la escalera de los honores; pero sabia que era mas

agradable á Dios la obediencia que cualquiera otro sacrificio, y así se resignó en la voluntad de sus preladados, y emprendió con eficacia los estudios. La compañía precisa de muchos jóvenes, y lo regular que es en aquella edad que prevalezca el ardor de las pasiones, suele hacer que los estudiantes sean por lo comun disipados y divertidos. Nicolás, acostumbrado ya muy de antemano á vencer los conatos de la naturaleza, juntaba en uno como debia la sabiduria y el santo temor de Dios. Jamás se le vió ocioso, jamás faltó á las obligaciones de su estudio, jamás se le vió terco en sostener sus argumentos ó soluciones, ni jamás aflojó un punto del tenor de vida tirante y rigurosa que habia abrazado al principio. Su entretenimiento y descanso consistia en ciertas pláticas espirituales con que aprovechaba á sus hermanos, y daba desahogo á su espíritu. Como Dios le habia dotado de prendas naturales tan sobresalientes, tanto las ciencias naturales como las sagradas se le sujetaban sin dificultad. Sobresalia por tanto entre sus discípulos con gran pesar de su humildad profundísima. Pero cuando se acordaba de que aquellas ciencias eran necesarias para aprovechar á sus prójimos, y obrar en muchos las admirables obras de la gracia, se consolaba; y humillándose dentro de sí mismo, ofrecia á Dios sus estudios y sus progresos. Entre tanto se iba llegando el tiempo en que, segun la disposicion de la Iglesia, y costumbre de las sagradas religiones, habia de ser condecorado con la dignidad del sacerdocio. Temblaba Nicolás al considerar lo augusto de tan sublime dignidad, y mucho mas meditando las obligaciones terribles que cargan sobre sí los que se hacen sacerdotes. Pero la obediencia y la caridad eran el precioso bálsamo con que se templaban los dolores y amarguras que causaban semejantes consideraciones en su espíritu; y así preparado



con oraciones, ayunos y penitencias, recibió el sagrado orden del presbiterado, y celebró el primer sacrificio con indecible devoción y lágrimas. Hecho sacerdote, y concluidos sus estudios, nada la faltaba para formar un perfecto obrero para la viña del gran Padre de familias. Conociéronlo sus preladós, y no se descuidaron en sacar todo el fruto posible de sus talentos y de su virtud. Hiciéronle predicador del convento de Chelva, y comenzó este sol resplandeciente á difundir toda la belleza y suavidad de sus luces. Comenzó á predicar en aquel pueblo; y siendo corto aquel recinto para desplegar todo el fervor de su espíritu, salía por los lugares circunvecinos á esparcir la semilla evangélica, y á recoger con alegría los copiosos frutos que producía la divina palabra. Esta tenía en su boca una eficacia asombrosa, y por su medio se hacían continuas y maravillosas conversiones; pero no usaba el santo de aquel aire amenazador y terrible de Elías y de los Bautistas, sino de aquella admirable dulzura con que san Juan evangelista intimaba diariamente la ley de fraternidad y amor. Por este camino llegó el bienaventurado Nicolás á ser tan maravilloso, que no cabían en las iglesias los grandes concursos que acudían á oírle. Los lugares comarcanos se despoblaban, y en las grandes ciudades era mayor la presura y concurrencia con que asistían á oírle nobles y plebeyos, que la que podría manifestarse en unos regocijos públicos, ó en las fiestas de mayor pompa y grandeza.

Es verdad que Dios, que manifiesta sus maravillas en sus santos de diversas maneras, se hizo admirable en Nicolás de un modo tan asombroso, que de todas partes concurrían á verlo y examinarlo con sus ojos. En sus sermones trataba por lo comun del amor de Dios y del prójimo, y como su alma estaba tan penetrada de esta virtud, muy en breve se enardecía, de

manera que salía fuera de sí. Dios le comunicaba unos éxtasis tan maravillosos, que á veces le veían arrobado por mucho tiempo; otras le veían levantado en el aire, interrumpiendo el sermón en lo que duraba el raptó, y volviendo otra vez en sí luego que Dios le concedía el uso de sus sentidos. Esta gracia de arrobarse fué en el beato Nicolás tan extraordinaria y tan frecuente, que solía quedarse extático á todas horas, en todos los lugares, y hasta en las conversaciones privadas; siendo lo mas maravilloso que todos le veían levantado del suelo notablemente, de modo que, como si hubiera sido puro espíritu, se sostenía en el aire. Este don con que quiso Dios dar recomendación á sus sermones en un siglo en que el mundo estaba necesitado de profetas, le ocasionó grandes dolores y mortificaciones extraordinarias. Los compañeros que iban con él á predicar, deseosos de que prosiguiese con el sermón, solían punzarle con una aguja, ó con otro instrumento, unas veces en los piés, otras en las piernas, y el santo permanecía tan insensible como si su cuerpo hubiera sido de piedra. Como el siglo diez y seis era semejante al nuestro por lo tocante á ilustrado, abundaba de incrédulos que, lejos de reconocer en aquellos éxtasis la omnipotencia de Dios, su infinita bondad para con sus siervos, y los atractivos que tiene la virtud respecto de las divinas beneficencias, creían temerariamente que todo aquello era embustería y artificio de una desmesurada ambición para atraerse las atenciones del pueblo, y ganar el concepto de santo. Este pensamiento hizo crueles á algunos, hasta el punto de herir al santo con cuchillos cuando estaba arrobado, haciéndole heridas graves, cuya curación fué alguna vez prolongada y difícil. Pero la verdadera virtud es virtud á cualquiera prueba. El santo recibía estas heridas sin mas sensación que si las hicieran en un tronco. Su semblante permanecía



tranquilo, alegre, risueño, y con un encendimiento que manifestaba el ardor de la caridad que le abrasaba. Su cuerpo permanecía inmóvil, y con un calor tan extraordinario, que apenas se podía tocar parte alguna de él sin que se resintiese la mano. Herido y corriendo sangre de varias partes de su cuerpo, en donde se ejecutaban aquellos crueles experimentos proseguía en su arrobamiento, hasta que era servido Dios que volviese al uso de sus sentidos. Entonces proseguía el hilo de lo que antes trataba, y hasta que bajaba del púlpito no echaba de ver las heridas que tenía, las que siempre atribuía á alguna casualidad ó inadvertencia suya. De esta manera llegó á hacerse tan famosa su virtud, que los frailes dentro de los claustros, los cabildos de las catedrales, y los respetables ayuntamientos de las ciudades deseaban oírle, y solicitaban á porfía el fruto de sus sermones. Estos eran maravillosos de muchas maneras; pues, prescindiendo de los milagrosos éxtasis con que parecía querer confirmar el cielo la doctrina que contenían, se veía lo uno, que lograban estupendos efectos sin inectivas agrias, y sin ásperas reprensiones, y lo otro, que todo ello se obraba sin otro estudio ni preparacion que la contemplacion fervorosa de los divinos misterios. Para cada sermón que habia de predicar se disponia con muchas horas de oracion delante de un santo crucifijo; á esto añadía tres rigurosas disciplinas; despues se iba al púlpito, y predicaba como un ángel bajado del cielo. Los hombres son naturalmente desconfiados, y atribuyen fácilmente á engaño ó artificio lo que no se atreven á conceder á la virtud: en el mismo convento del beato Nicolás habia religiosos de esta clase, que conocian por una parte la sublimidad de la doctrina y grandeza de sus sermones, y por otra no podian persuadirse que aquello se hiciese sin mucho estudio. Para certificarse de la

verdad, acecharon al santo por las rendijas de la puerta cuando estaba solo preparándose para algun sermón. Lo que de aquí resultó fué su desengaño. pues no vieron otra cosa mas que una continua postura de rodillas, ni oyeron rumor de otro estudio que el que ponía en implorar la divina asistencia. diciendo y repitiendo muchas veces con un fervor extraordinario: *Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha.* Y así era en la realidad, porque solo Dios era capaz de poner en su boca aquellas palabras de vida, de una virtud y eficacia que no se encuentra en la naturaleza.

Contentísimo se hallaba el bienaventurado Nicolás en el estado de súbdito, procurando por todas las maneras posibles su propia santificacion y la de sus prójimos. La obediencia era para él una ciudad de asilo, en donde se hallaba siempre libre de los combates de la vanidad, de la soberbia, y de otras pasiones igualmente peligrosas. Pero sus superiores, que habian formado el concepto debido de sus talentos y de su virtud, hallaron en él toda la prudencia necesaria para mandar, y toda la ciencia para saber lo que mandaba. Prometiéronse grandes frutos si le colocaban en las prelacias y demás cargos de responsabilidad. No les salieron vanas sus esperanzas; porque, habiéndole hecho guardian del convento del Valle de Jesus, y de otros varios; sucesivamente maestro de novicios del convento de San Francisco de Valencia; confesor de las monjas de la Trinidad y de las Descalzas reales; definidor y secretario general de toda la órden; en todo se portó con aquella integridad, santidad y pureza que podia esperarse de sus virtudes sublimes. El oficio de superior no era para él otra cosa, que una necesidad de emplearse con mayor continuacion en el trabajo, y de dar á sus súbditos en su persona un modelo de lo que debia ser cada



uno. No había ocupacion, por penosa que fuese, ni ejercicio de humillacion y abatimiento en que él no fuese el primero. Cuando mandaba, se conocia en la blandura y moderacion de sus palabras, que nada había de ostentacion, nada de vanidad, sino solamente la administracion de una autoridad que Dios había puesto en sus manos para que sus súbditos tuviesen el mérito de la obediencia. Era manso con todos, blandísimo de condicion, y tan gracioso y riñoso en sus honestas y santas conversaciones, que con ellas enviaba á sus súbditos cualquier trabajo, y les hacia dulces y llevaderas todas las fatigas. Al paso que era tan benigno y amoroso para con los demás, era consigo mismo riguroso y terrible. Despues del esmerado cuidado que ponía en la subsistencia de los religiosos y en todo lo del convento; despues del continuo trabajo de la predicacion y el de oír confesiones; despues de un coro continuo, tanto de dia como de noche, se ejercitaba en tales austeridades, que parecia que su cuerpo no era de carne, sino de una materia insensible. Además de los ayunos continuados, llevaba un cilicio que le cubria todo el cuerpo; dábase diariamente tan crueles disciplinas, que cubria su cuerpo inocente de llagas, y para aumentar la mortificacion no usaba de otra medicina que sal y vinagre. Su sueño era poquisimo, y este interrumpido, sin mas lecho que unos sarmientos, y una piedra ó madero por cabecera. Reposaba un rato antes de maitines; pero despues de ellos permanecía en la iglesia continuando sus rezos, sus penitencias y su oracion hasta la hora de prima. En sus viajes por mas de catorce años nunca usó sandalias, sino que los hacia á pié descalzo, observando en el mismo camino y en las casas de los hermanos el mismo tenor de vida y austeridad que guardaba en el convento. La caridad es benigna; con ser así consigo mismo,

era tan blando y prudente con sus religiosos, que, si veía alguno que se excedía algun tanto en las penitencias, le iba luego á la mano, representándole que podría perder la salud. Reconviniéronle alguna vez con sus propias austeridades, á lo cual respondía el santo con mucha gracia: *Que él no hacia regla; porque Dios le habia dado un cuerpo de tal complexion, que cuanto mas le maltrataba le hallaba mas sano y mas robusto.*

Es verdad que el beato Nicolás no hacia por su propia direccion y dictámen las penitencias asombrosas que se han referido. En todas sus operaciones buscaba el asilo de la obediencia para tener este mérito mas, y asegurarse en su conducta. Por tanto, solicitaba la licencia y beneplácito de sus superiores para cualquiera ejercicio penoso por lijero que fuese; y sin este requisito no hubiera emprendido tampoco aquellos actos heróicos de caridad que practicaba en los hospitales. Esta sublime virtud, reina de todas las demás, era la que tenia el ascendiente en su alma, y la que dominaba en todas sus acciones. Su corazon estaba traspasado de este fuego divino, como lo está un carbon encendido, ó un hierro caldeado en la fragua. Así prorumpia en actos tan heróicos, que se presentaban á los demás con el aspecto de inimitables. Iba diariamente á los hospitales, que eran los teatros de sus delicias, y allí se empleaba en cuanto necesitaban los enfermos, sin que á su ardiente caridad le fuese nada repugnante, por vil y asqueroso que fuese. Entre todos los hospitales tenia la preferencia para con el beato Nicolás el de San Lázaro, porque en él estaban los enfermos que necesitaban de mayor socorro, y las enfermedades mas asquerosas y repugnantes á la naturaleza humana. Aquellos infelices, cubiertos de llagas y de hediondez de piés á cabeza, eran los objetos de sus cariños y esmeros. Los lim-